

El milagro de Jean-Pierre Rampal

ÁLVARO
MARÍAS

La Asociación
P l, esta vez junto al
pianista-clavecine John Steele
Ritter. Rampal es mucho más que
un excelente flautista: es *el*
flautista del siglo xx; el
protagonista de la asombrosa
resurrección de este instrumento,
que ha recuperado en nuestro tiempo
el protagonismo y la importancia
que tuvo en el siglo xvm; es, además,
una de las más grandes figuras de
toda la historia de los instrumentos
de viento.

Cuando Rampal comenzó su
fulgurante carrera la flauta era algo
completamente diferente de lo que
es hoy. Y esto es algo que, en gran
parte, se le debe a él. Para ello
había que ser un instrumentista
excepcional, como lo fue
siempre el gran músico marsellés;
pero no bastaba con ello: era
necesario una personalidad musical
importante, una musicalidad de
primer orden y un gran talento a la
hora de seleccionar el repertorio.
Rampal tuvo el inmenso acierto de

MÚSICA

volver al gran repertorio de la
flauta: Bach, Haendel, Telemann,
Vivaldi, los músicos de la escuela de
Berlín y Mannheim, Mozart,
Beethoven, etc..., sin olvidarse,
naturalmente, de los grandes clásicos
del siglo xx que habían escrito para
la flauta. Si Rampal no hubiera
tenido esta visión con respecto a su
repertorio no sería hoy quien es.
Si hubiera caído en la tentación de
cultivar el mediocre repertorio de
virtuosismo flautístico —los
Kuhlau, Doppler, Andersen,
Demerssemann, Boehm, etc— no
habría pasado de ser un gran
instrumentista. Y este es preci-
samente el único "pero" que
cabría ponerle a su recital, que
puso junto a los nombres de
Bach y Telemann otros demasiado
mediocres.

Por lo demás, encontramos al
gran flautista en plena forma,

**«Cuando Rampal
comenzó su fulgurante
carrera la flauta era algo
completamente diferente
de lo que es hoy. Y esto
es algo que, en gran
parte, se le debe a él.»**

Como si los años no pasaran por él.
Su sonido sigue siendo el de
siempre: uno de los fenómenos más
admirablemente bellos de toda la
música de nuestra época: un sonido
de una blandura, de una
transparencia, de una ductilidad y de
una elegancia como sólo la encontramos
en los más exquisitos cantantes o
instrumentistas que en el mundo
han sido: un sonido de esos que
hacen época, comparable al violín de
Christián Perras, al cello de Maurice
Gen-dron, al oboe de Pierre Pierlot o
a la trompeta de Maurice André.
Sigue produciendo estupor su
indescriptible facilidad, capaz de
lograr que las más crueles dificultades
desaparezcan, que todo se aparezca
como deliciosamente fácil. Sigue
asombrándonos la naturaleza y
belleza del vibrato, los mil matices
del timbre y la dinámica o la
flexibilidad y virtuosismo increíbles
de la articulación. Todo ello hizo de su
recital, a pesar del relativo interés
del programa, una auténtica fiesta.
Fue una alegría ver cómo un
músico español, el joven flautista
catalán Claudi Arimany compartía,
con toda justicia, el triunfo con
Rampal. Con decir que estuvo en todo
momento a la altura de mítico
flautista francés, queda dicho todo.
Muy bien en su función acompañante
al piano pero mediocrísimo con el
clave John Steele Ritter.

Una velada deliciosa en la que las
flautas de oro de Rampal y
Arimany acariciaron nuestros
oídos con la más dulce de las brisas.

Arcos

El ciclo Promúsica nos ha traído en sólo unos días a dos grandísimos violinistas. Primero pudimos escuchar al violinista chino-americano Cho-Liang Lin, bien conocido del público madrileño desde que fuera ganador, en su adolescencia, del premio Reina Sofía que organizaba —felices tiempos aquellos— Radio Nacional de España. Actúo Lin en sustitución de la violinista anunciada, la holandesa Isabelle van Keulen, y lo hizo sin alterar el programa, a pesar de que las obras anunciadas —la versión para violín y orquesta de *El buey sobre el tejado* de Milhaud y la *Pieza de concierto en re mayor D.345* de Schubert— no son obras comentadas en el repertorio. Quizá eso explique que su actuación no fuera tan brillante como en otras ocasiones: dentro de la gran categoría técnica que lo caracteriza —tocó con gran dominio una partitura tan difícil como la de Milhaud— encontramos su sonido menos refinado, su interpretación menos interesante que en otras ocasiones. *El buey sobre el tejado* es una de las partituras más divertidas, vitales y fascinantes de la música del siglo xx y habríamos esperado toda una creación de un artista tan consumado y lúcido como él. Tanto él como el director de la velada, David Atherton, deberían haber aprendido más de la dirección del propio Milhaud de esta obra — en su versión orquestal— en la que hace alarde de una gracia, una imaginación y un sentido del humor muy superior al de ningún otro director. En todo caso, fue un buen concierto, con una bastante buena orquesta —la Orquesta de Cámara de la Radio holandesa—, un

« Sencillamente inolvidable fue el recital de Shlomo Mintz. El violinista ruso-judío-americano es, a nuestro juicio, el más grande de todos los de su por lo demás deslumbrante generación.»



bastante buen director — Atherton— y un magnífico solista que no tuvo su mejor tarde.

Sencillamente inolvidable fue el recital de Shlomo Mintz. El violinista ruso-judío-americano es, a nuestro juicio, el más grande de todos los de su por lo demás deslumbrante generación. En él no sólo encontramos al gran virtuoso, al formidable violinista, sino además al intérprete de verdadero talento, al auténtico artista, plenamente merecedor de este título. Hace falta ser un gran músico para salir triunfante de un programa monográfico que incluía las tres *Sonatinas* de Schubert y la *Sonata Arpeggione* —en versión de viola y piano. Las *Sonatinas* schubertianas son encantadoras, pero pueden quedarse muy fácilmente en nada si a interpretación no es de prime-rísima fila. Su falta de virtuosismo, su sencillez y su ingenuidad pueden dejar a un buen violinista convertido en un *amateur*, porque es una música que posee la terrible dificultad de lo aparentemente fácil. Mintz comprende admirablemente el mundo schubertiano y lo vive desde dentro. Su sonido, de una

belleza indescriptible — recuerda mucho a Menuhin en su buena época— es perfecto para esta música. Es un sonido bellissimo, refinado, admirablemente centrado, típico de Stra-divarius —es de esperar que no cambie de tipo de instrumento y no caiga en la tentación de los Guarnen y de los violines de sonido poderoso—; uno de esos sonidos aparentemente no grandes pero que proyectan a la perfección. De hecho tocó con el piano abierto, como mandan los cánones, y sin forzar el sonido jamás en esta música hiperdeli-cada; a pesar de lo cual su equilibrio fue perfecto en todo instante. Claro, que hay que decir que contó con un acompañante excepcional, un pianista interesantísimo merecedor sin duda de realizar su propia carrera en funciones no acompañantes. Son muy pocos los pianistas que comprenden verdaderamente el universo schubertiano. Cuál no sería nuestra sorpresa al escuchar a uno de los más interesantes que hemos tenido ocasión de oír en mucho tiempo. El trabajo de Itamar Golan fue antológico: su gracia, su encanto, su sensibilidad, su manera de "escuchar" en cada momento, de adaptarse a lo que hacía Mintz, de estar en la dinámica justa, en la tímbrica justa, en la expresividad justa, fue una maravilla. Pocos pianistas poseen un sonido tan puramente schubertiano o son capaces de expresar la nostalgia como él lo hace. Nos quedamos con ganas de escucharle una Sonata o un Impromptu de Schubert.

Para terminar, Shaham nos sorprendió como intérprete de viola: de nuevo un sonido maravilloso —auténtico sonido de viola, sin ribetes violinísticos—, una técnica impecable y una musicalidad de la más pura ley. Ya fuera de programa, nos regaló, con la viola, la *Serenata española* de Glazunov y el *Beau soir* de Debussy. Un concierto para el recuerdo y una sesión de auténtica música de cámara. ¡Bravo!

Es necesario reseñar otra brillantísima actuación de un —una— instrumentista de arco; Tabea Zimmermann. Su versión del delicioso *Harold en Italia* de Berlioz, junto a la Sinfónica de Israel y al director David Sha-llon —una batuta de muy relativo interés— fue magistral. Por sonido —bellísimo, grande y dulce, de vibrato no muy amplio y algo rápido, un punto violinístico—, por poderío técnico y por musicalidad, dejó fuera de duda que estamos ante una gran intérprete. Soberbia su *Meditación* de *Thais*, regalada fuera de programa.

Por último, una soberbia actuación de otro intérprete de cuerda; nada menos que el gran Ros-tropovich, que nos visitó una vez más (esta vez invitado por Juventudes Musicales) junto a la Sinfónica de Novosibirsk —dirigida por el notable Arnold Katz— para realizar un alarde de virtuosismo —y de memoria— como intérprete de la *Sinfonía Concertante Op.125* de Prokofiev, una obra tan terroríficamente difícil como aburrida y carente de interés, por la que el gran cellista ruso parece sentir gran debilidad —la ha registrado en varias ocasiones y la mantiene en repertorio. Con todo

MÚSICA

podimos admirar, una vez más, al genial violonchelista.

Un director expresivo

El lector habrá fruncido el ceño. ¿Un director expresivo? Es de suponer que todo director ha de serlo, que es la mínima condición que se puede esperar de alguien que se coloca al frente de una orquesta. Y sin embargo, hoy es una cualidad excepcional. Dentro del ciclo de "Orquestas del Mundo" de Ibermúsica, la visita de la London Symphony nos ha traído a un joven director en absoluto carente de interés: el italiano Daniele Gatti se ha revelado, por lo pronto, como un excelente mozartiano. Sus versiones de la *Sinfonía 40*, del *Adagio y fuga* y del *Concierto para flauta y arpa* nos han dejado un excelente sabor de boca. Gatti ha dejado constancia de ser un músico interesante, con mucho que decir. Estamos, no ante un "virtuoso de la batuta", de los que

«Gatti ha dejado constancia de ser un músico interesante, con mucho que decir. Estamos, no ante un "virtuoso de la batuta", de los que tanto abundan hoy, sino ante un director de verdad, ante un músico con ideas propias y personalidad propia.»

tanto abundan hoy, sino ante un director de verdad, ante un músico con ideas propias y personalidad propia. Gatti nos recuerda no poco a algunos maestros de ayer: su gesto no es autoritario ni eléctrico; por el contrario, es natural, expresivo y parco: deja de marcar muchas cosas para marcar aquellas que realmente es necesario marcar si se quiere hacer música. Su Mozart, clásico, comprometido, profundo y trascendente, aunque también elegante y refinado, es de los que no abundan. Atención a este joven director que puede dar mucho de sí, aunque, a decir verdad, en Bruckner nos gustó mucho, muchísimo menos. Probablemente porque a él mismo le guste mucho más la música de Mozart que la de Bruckner, de la que es hoy por hoy un director superficial, aunque sin dejar de ser expresivo. No es ese su terreno, al menos de momento.

Bien, sin llegar a tener una actuación de primer orden, la Sinfónica de Londres y considerables los solistas de la orquesta, el flautista Paul Edmund-Davies y el arpista Bryn Lewis en su actuación como protagonistas del maravilloso *Concierto en Do mayor para flauta y arpa*, con el que pasamos un rato verdaderamente delicioso.

Una gran liederista

Dentro del ejemplar ciclo de Lied de La Zarzuela y Caja de Madrid, la visita de Anne Sofie von Otter ha puesto el listón muy alto. La von Otter se mostró como una cantante excelente, como una liederista de ley y como una

intérprete inteligente y sensible. Es la suya una voz de mezzo no muy grande, pero sí muy bella, que la von Otter no fuerza jamás, gracias a lo cual su belleza tímbrica es siempre impecable; una voz "civilizadísima", de naturaleza netamente liederística, que no gusta de ensanchar el registro grave — peligrosa tentación de las de su cuerda— ni de alardear en el agudo; capaz también de conservar toda su belleza cuando se muestra desnuda de vibrato. Nos recordó no poco a Teresa

Berganza, aunque la personalidad de la cantante sueca sea más neutra y menos deslumbrante.

Todo su recital fue una lección de canto y de buen gusto. La primera parte, dedicada a músicos nórdicos —Grieg y los suecos Stenhammar, von Koch y Peter-son-Berger— resultó particularmente interesante. Algunas de las canciones escuchadas son auténticas joyas —como por ejemplo la *Canción de japlanya* de Stenhammar, los *Cisnes salvajes* de Sigurd von Koch o

Como las estrellas del firmamento de Peterson-Berger. Una intérprete como la von Otter puede muy bien poner en circulación este repertorio hoy infrecuente pero que encierra muy grandes bellezas.

Magnífica también como intérprete de los románticos alemanes —Schubert y Schumann— la von Otter dejó bien sentado que es plenamente merecedora de la brillantísima carrera que está llevando a cabo.